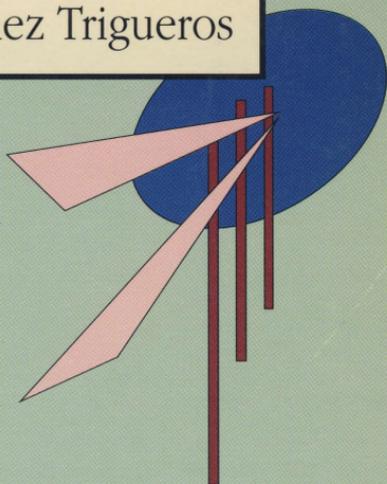


TEORÍA DE LA LITERATURA
Y LITERATURA COMPARADA

SOCIOLOGÍA
DE LA
LITERATURA

Director:

Antonio Sánchez Trigueros



EDITORIAL
SÍNTESIS

SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA

Antonio Sánchez Trigueros (director)

Introducción por Antonio Sánchez Trigueros	7
Capítulo 1: FUNDAMENTOS DE LA SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA	11
1.1. Cuestiones epistemológicas por Antonio Chialarico Chamorro	11
1.1.1. Estado de comprensión, 11; 1.1.2. Naturaleza y función de la literatura, 16; 1.1.4. Sociología y teoría literaria de la literatura, 21.	
1.2. Primeras formulaciones por José Valles Calatrava	24
1.2.1. La sociología sociológica, 24; 1.2.2. El Romanticismo, 26; 1.2.3. La crítica social rusa, 29; 1.2.4. Hippolyte Taine, 30; 1.2.5. La función del artista en la sociedad, 31; 1.2.6. El Positivismo, 33.	
Capítulo 2: LOS CLÁSICOS DEL MARXISMO	37
2.1. Las teorías de Marx y Engels por Antonio Sánchez Trigueros	37
2.2. Los clásicos marxistas de la Teoría de la Literatura	44
2.2.1. La crítica literaria de Ginzburg, 47; 2.2.2. La crítica de Lukács, 50; 2.2.3. La crítica de Gramsci, 52; 2.2.4. Acreditaciones formales, 52.	
2.3. La Sociología de la Literatura por Antonio Sánchez Trigueros	54
2.3.1. La crítica literaria de Lukács, 54; 2.3.2. La crítica de Gramsci, 55; 2.3.3. La crítica de Lukács, 55; 2.3.4. La crítica de Gramsci, 55.	
ISBN: 84-7338-442-8 Depósito Legal: M. 37489-1996	
Capítulo 3: LA CRÍTICA SOCIOLOGICA COMPARATIVA	79
3.1. La crítica sociológica comparativa	79
3.2. La crítica sociológica comparativa	87
3.3. La crítica sociológica comparativa	96

TEORÍA DE LA LITERATURA
Y LITERATURA COMPARADA

Director:
Miguel Ángel Garrido

SOCIOLOGÍA
DE LA LITERATURA

Antonio Sánchez (director)

© Grupo de Investigación de "Teoría de la literatura
y sus aplicaciones", de la Universidad de Granada

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono (91) 593 20 98

ISBN; 84-7738-442-8
Depósito Legal: M. 37.489-1996
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil, previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

Introducción por Antonio Sánchez Trigueros	7
Capítulo 1: EL ESPACIO DE LA SOCIOLOGÍA LITERARIA	11
1.1. Cuestiones epistemológicas por Antonio Chicharro Chamorro	11
1.1.1. <i>Estado de comprensión</i> , 11; 1.1.2. <i>Naturaleza y función del hecho literario</i> , 13; 1.1.3. <i>El estudio social de la literatura</i> , 16; 1.1.4. <i>Sociologías y teorías marxistas de la literatura</i> , 21.	
1.2. Primeras formulaciones por José Valles Calatrava	24
1.2.1. <i>La voluntad sociológica</i> , 24; 1.2.2. <i>El Romanticismo</i> , 26; 1.2.3. <i>La crítica social rusa</i> , 29; 1.2.4. <i>Hyppolite Taine</i> , 30; 1.2.5. <i>La función del artista en la sociedad</i> , 31; 1.2.6. <i>El Positivismo</i> , 33.	
Capítulo 2: LOS CLÁSICOS DEL MARXISMO	37
2.1. Los textos de Marx y Engels por Antonio Sánchez Triguero	37
2.2. Los clásicos rusos por Antonio Sánchez Triguero	44
2.2.1. <i>Georgy Plejanov</i> , 44; 2.2.2. <i>Vladimir I. Lenin</i> , 47; 2.2.3. <i>León Trotski</i> , 50; 2.2.4. <i>Acercamientos formalistas</i> , 52.	
2.3. La Sociología de la Literatura de Georg Lukács por Sultana Wahnón Bensusan	54
2.3.1. <i>La sociología de las formas literarias. El joven Lukács</i> , 54; 2.3.2. <i>Estética marxista y sociología de la literatura</i> , 65.	
Capítulo 3: LA CRÍTICA SOCIOLÓGICA CONTINENTAL (I)	79
3.1. La Escuela de Frankfurt por José Valles Calatrava	79
3.1.1. <i>Teoría estética</i> , 81; 3.1.2. <i>El arte como producción</i> , 84.	
3.2. La crítica marxista italiana por Carmen Martínez Romero ...	87
3.2.1. <i>Antonio Gramsci</i> , 88; 3.2.2. <i>Galvano della Volpe</i> , 93.	
3.3. Propuestas sociológicas fronterizas	98
3.3.1. <i>Jan Mukarovsky: la sociosemiótica</i> por Domingo Sánchez-Mesa Martínez, 98; 3.3.2. <i>Erich Auerbach</i> :	

	<i>la estilística social</i> por Francisco Linares Alés, 100;	
	3.3.3. <i>Roland Barthes: escritura e ideología</i> por Sultana Wahnón Bensusan, 103.	
3.4.	La sociología empírica por Manuel Cáceres Sánchez	106
	3.4.1. <i>La Escuela de Burdeos</i> , 108; 3.4.2. <i>Sociología empírica de la recepción</i> , 116; 3.4.3. <i>Sociología empírica y Ciencia empírica de la literatura</i> , 119.	
Capítulo 4:	LA CRÍTICA SOCIOLÓGICA CONTINENTAL (II)	123
4.1.	El estructuralismo genético por Francisco Linares Alés	123
	4.1.1. <i>Introducción</i> , 123; 4.1.2. <i>Pensamiento dialéctico y estructuralismo</i> , 125; 4.1.3. <i>Le Dieu caché</i> , 129; 4.1.4. <i>Structures mentales et création culturelle</i> , 130; 4.1.5. <i>Pour une sociologie du roman</i> , 131.	
4.2.	La escuela althusseriana por Sultana Whanón Bensusan	132
	4.2.1. <i>La noción de «sujeto»</i> , 133; 4.2.2. <i>Arte, literatura e ideología</i> , 135.	
4.3.	La sociocrítica por Francisco Linares Alés	141
	4.3.1. <i>Coordenadas de la investigación sociocrítica</i> , 142; 4.3.2. <i>La dimensión social del texto</i> , 145; 4.3.3. <i>La dimensión crítica del estudio social de la literatura</i> , 152.	
Capítulo 5:	LA CRÍTICA MATERIALISTA ANGLOSAJONA por M. ^a Ángeles Grandes Rosales	155
5.1.	Materialismo cultural inglés	155
5.2.	La crítica de las teorías literarias: Terry Eagleton	168
5.3.	El nuevo historicismo: Frederich Jameson	177
5.4.	Metodologías sincréticas	183
Capítulo 6:	UNA TEORÍA EN EXPANSIÓN: LA POÉTICA SOCIAL DIALÓGICA DEL CÍRCULO DE BATJÍN por Domingo Sánchez-Mesa Martínez	191
6.1.	Un nuevo lugar en la teoría literaria	191
6.2.	Los orígenes del Círculo. Hacia una filosofía del acto	194
6.3.	Formalismo y marxismo: la coexistencia dialógica	196
6.4.	La novela y el despliegue de la dialogía	203
6.5.	Una lectura dialógica de la dialogía	207
6.6.	Hacia una crítica cultural fronteriza	212
Bibliografía	215

1.

EL ESPACIO DE LA SOCIOLOGÍA LITERARIA

1.1. Cuestiones epistemológicas

«Sin duda, la teoría literaria es menos un objeto de investigación intelectual por propio derecho, que una perspectiva especial desde la cual se observa la historia de nuestra época».

Terry Eagleton

1.1.1. Estado de comprensión

Introducimos en el conocimiento de los distintos saberes literarios agrupados bajo la genérica denominación de sociología de la literatura nos obliga a efectuar unas necesarias precisiones iniciales con objeto de que el lector pueda establecer un eficaz diálogo en su recorrido por las páginas que siguen. No obstante, advertimos, no perseguimos en este momento ofrecer una exposición de problemas teóricos con sus correspondientes soluciones, sino por el contrario, plantear algunas cuestiones fundamentales y elaborar un breve índice de problemas que irán hallando respuesta conveniente a lo largo de la lectura del libro.

La primera cuestión fundamental que deseamos dejar expuesta desde el umbral mismo del libro, es la que concierne al estado de comprensión que en la actualidad aproxima a sociólogos, teóricos de la literatura, historiadores del pensamiento literario, etc. No resulta baladí, si tomamos en cuenta las palabras de Wellek que parafraseo a continuación, hacer partícipe al lector de la conciencia que de ese estado de comprensión nos embarga. Afirmaba Wellek en el prólogo de su *Historia de la crítica moderna* (1969: 7) que la historia de la crítica, lejos de ser un asunto de pura arqueología, debía servir para iluminar y hacer posible la interpretación de nuestra situación actual, como a su vez sólo se haría comprensible a la luz de una teoría literaria moderna. Así pues, si toda explicación y reconstrucción histórica se hace desde una conciencia teórica y en inevitable función de un tiempo presente, si ésta se elabora desde lo que hemos dado en llamar un estado de comprensión, debemos manifestar desde el principio el compartido y común rechazo actual de las posturas científicistas que tan redivivamente han venido calando los estudios literarios —también, los estudios netamente sociológicos bajo el nombre de sociologismo, corriente ésta que considera su discurso científico superior, siendo suficiente para la explicación total de la realidad— a lo largo de todo el siglo XX, siglo este que ha conocido la progresiva implantación de un pensamiento literaturoológico, esto es, ni esencial ni normativo y de orientación científica, que alcanza su sentido en su propia base disciplinar, y no en el dominio literario que le sirve de estudio. Hoy día, así lo pensamos, el conocimiento científico no resulta por sí mismo un conocimiento superior ni, por lo tanto, la única forma válida y exclusiva de conocer. En este sentido, lo es aún menos el conocimiento científico oportunamente adjetivado y sustentado, ya sea sobre una base formalista, ya sea sobre una base contenidista.

Por otra parte, tenemos una clara conciencia de la extrema complejidad del dominio de conocimiento que es la realidad social que llamamos literatura, lo que ha posibilitado el reconocimiento de la legítima existencia de los diversos paradigmas en que se asienta hoy el saber literario (semiológico, sociológico, psicoanalítico, fenomenológico, etc.), así como la necesidad de poner en diálogo teórico dichos paradigmas para procurar avanzar cualitativamente en el proceso de construcción de un

saber complejo de lo que es una realidad, como decimos, sumamente compleja. Por esta razón, no reconocemos hoy la existencia de una explicación «última» satisfactoria de la realidad literaria basada aisladamente en uno y otro de los paradigmas en cuestión. A partir de aquí el lector puede comprender que este libro no está escrito por sociólogos de la literatura, semiólogos o historiadores del pensamiento literario con las manos manchadas de asepsia, y sí, en cambio, por un grupo de personas que, en fecunda contradicción teórica y metateórica, participa en mayor o menor medida de la sociología de la literatura, de la semiótica literaria, de la teoría de la historia de base materialista (perspectiva cognoscitiva esta última en absoluto arrumbable en la trastienda de la historia del pensamiento), vislumbrando un nuevo horizonte teórico para el saber cada vez más complejo de las prácticas sociales y literarias.

Así pues, la tarea que emprendemos aquí de introductoria exposición de unas teorías sociológicas de la literatura se inscribe en ese proceso que aspira a arrastrar y comprender la memoria histórica de este conjunto de teorías, así como a superar la situación teórica presente mediante el conocimiento de este dominio teórico por lo que respecta tanto a su decir como a su hacer, indagando los marcos teóricos de base, los elementos comunes y diferenciadores de las teorías sociológicas de la literatura, su virtual funcionamiento histórico, etc.; esto es, dando a la luz un balance o cuenta de resultados que el lector podrá utilizar convenientemente.

1.1.2. Naturaleza y función del hecho literario

El hecho de haber afirmado que poseemos conciencia de la extrema complejidad de la realidad literaria, nos lleva a plantear, en buena lógica, la cuestión de la naturaleza de la misma en una dirección superadora de los referidos planteamientos formalistas y contenidistas al respecto. En este sentido, decir hoy que los hechos literarios son productos estéticos supone reconocer desde un principio que son prácticas históricas, esto es, que su espacio no es transhistórico ni permanente o eterno.

Afirmar, pues, que el hecho literario es una práctica estética, supone el inicial y básico reconocimiento tanto de la exis-

tencia de un excedente social que hace posible dicha práctica en determinadas sociedades, al no satisfacer la misma necesidades sociales primarias, como el reconocimiento de una ideología que hace posible su producción (Matamoro, 1980: 59). Así pues, el hecho de que aceptemos que la literatura es una actividad artística, inútil a simple vista, no debe hacer suponer que por ser tal esté por encima de la historia; así como tampoco debe hacer suponer que tal inutilidad y gratuidad aparentes lo sean en realidad, ya que toda obra de arte vive sobre la materialidad de una mercancía, es decir, que integra útilmente el mercado de producción, consumo y circulación, y está destinada a ser producción y reproducción ideológica, teniendo lugar sólo en aquellas sociedades que han alcanzado complejidad económica y, por tanto, complejidad de relaciones sociales y de representaciones de dichas relaciones (*ibid.*, 60).

Ahora bien, reconocida la naturaleza histórica de estas prácticas artísticas debemos plantear la cuestión fundamental de su especificidad, ya que, si bien todos los hechos literarios son hechos histórico-ideológicos, no todos los hechos histórico-ideológicos son hechos literarios. Pues bien, hemos de afirmar que el carácter estético de un texto no puede establecerse en una esfera abstracta de principios ideológicos, ni en la verdad o moralidad de sus afirmaciones, ni en una aislada serie de procedimientos verbales, ni únicamente en los efectos que proporcione. Debe establecerse operativamente en unos elementos objetivos que existen tanto en el conjunto de estímulos verbales, forma discursiva verbosimbólica, como en quienes reciben y descodifican los mismos. En cualquier caso, el lector no debe olvidar la vieja discusión teórica planteada acerca de la radical naturaleza lingüística o ideológica de los hechos literarios, pues esto le ayudará a comprender mejor ciertos excesos contenidistas de los que se habla en el libro y, dialécticamente, ciertos excesos formalistas que han llenado el siglo XX, siglo que está cerrándose con una suerte de superación teórica de tales excesos como ha planteado con claridad Sultana Wahnón (1991: 145-146):

«Tipo especial de conocimiento o tipo especial de lenguaje, ésta es la oposición fundamental que se establece en ambos enfoques en lo que se refiere al concepto de literatura. Pero esta nítida distinción se empezó a hacer un poco más confusa cuando los

enfoques lingüístico-semióticos empezaron a reparar en el componente cognoscitivo del lenguaje literario (caso de Lotman y, en general, de la semiótica de la cultura), al mismo tiempo que los enfoques marxistas empezaron a reparar en el componente lingüístico-semiótico del conocimiento literario».

La exposición mínimamente satisfactoria de este radical enfrentamiento teórico daría para un libro. No obstante, no podemos dejar de afirmar al respecto que, al tiempo que cuestionamos las posiciones teóricas de quienes básicamente han convenido y convienen en afirmar que la literatura es por excelencia un arte cerradamente verbal que se relaciona con la ideología según determinadas circunstancias y opciones, resaltamos la existencia de otras perspectivas teóricas al respecto que vienen a considerar que la literatura no mantiene ningún tipo de relación con la ideología, como si se tratara de dos realidades diferenciadas, porque sencillamente *es* ideología. Esta concepción última, que compartimos, no supone la desconsideración de la dinámica estructura verbal del hecho literario —resulta oportuno recordar lo dicho hace años por Gutiérrez Girardot (1968) acerca de que el análisis sociológico fundado en conceptos como realismo o reflejo social y elaborado sobre la base de esquemas causales, no esclarece en modo alguno el sentido y significación sociales de una obra literaria, siendo el aspecto social de una obra, no el mundo social que la obra describe, sino la totalidad del lenguaje literario mismo—, lo que justifica por otra parte la actualidad teórica de quien hace décadas considerara que la palabra era el fenómeno ideológico por excelencia. Nos referimos a Bajtín. A partir de aquí, se comprende el actual momento de superación teórica aludido, tan claramente señalado por, entre otros, Pozuelo Yvancos (1988: 63-64):

«La propia evolución de la teoría lingüística ha venido en última instancia a deshacer esa dicotomía —fértil en su momento, pero ahora falaz— entre acceso inmanente/acceso no inmanente. La descripción adecuada de las propias estructuras textuales ha hecho ver que la lectura, la convención histórico-normativa, o la investigación sociológica del hecho literario no podían marginarse, entre otras cosas porque tales fenómenos no son “extrínsecos” a la lengua literaria».

Asimismo, la consecuente necesidad de satisfactoria y compleja explicación de la articulación lengua e ideología estética, que no es sino explicación del proceso de significación y acción sociales de las prácticas literarias, se está traduciendo en un trabajo teórico que tanto renuncia al estatismo y a la clausura del signo, como privilegia el enfoque dinámico, el concepto de texto como signo integral y, consecuentemente, el estudio de los aspectos pragmáticos de ese proceso.

Después de tan breves como operativas explicaciones teóricas efectuadas acerca de la naturaleza y función del hecho literario, estamos en condiciones de ratificarnos en que el carácter social del mismo no puede deslindarse lógicamente de su consideración como hecho comunicativo de carácter secundario ni de su consideración como práctica estética. En rigor, como se ha señalado, no cabe una consideración teórica externa del mismo como hecho aisladamente social, aunque ésta haya contado y cuente con numerosos desarrollos, al menos desde un punto de vista específicamente teórico literario, lo que justifica la existencia de nuevas teorías que persiguen un saber complejo de la literatura, al tiempo que sientan las bases de un nuevo horizonte de pensamiento literario.

1.1.3. El estudio social de la literatura

Una vez efectuadas las anteriores consideraciones sobre la naturaleza radicalmente social del fenómeno literario en todas y cada una de sus instancias, se impone introducirnos globalmente a continuación en lo que ha venido siendo el estudio social de la literatura, si bien no podemos dejar de exponer unas iniciales puntualizaciones aclaratorias al respecto. La primera de ellas va a ser la que afecta a la misma denominación de «sociología de la literatura», pues ésta ampara a un amplísimo conjunto de estudios, muy diversos entre sí, relacionados más por un supuesto dominio común de ocupación, la realidad social literaria, que por una común perspectiva teórica, aunque se opere con cierta problemática común, tal como ha señalado Sultana Wahnón (1991: 123):

«La unidad no es algo que, sin embargo, caracterice a esta disciplina (...) La llamada crítica sociológica o sociología de la

literatura presentará tantas variedades cuantos conceptos de "sociedad" y de "sociología" se manejen por sus cultivadores. Lo que hay de común en todas ellas son las nociones sociológicas fundamentales, o, dicho de otro modo, la problemática característica de esta disciplina: la discusión atañe a cuestiones como las instituciones, o la conciencia colectiva, las clases sociales, las ideologías, etc.».

Este rótulo, pues, más que denotar con exactitud un tipo de estudio literario, sirve para señalar en una dirección de contornos tan anchos como imprecisos en la que nos encontramos viejas teorías sociológicas de base positivista, trabajos sociológicos de base empírica, sociologías dialécticas de la literatura, estudios marxistas no propiamente sociológicos, estudios sociocríticos, etc.; estudios estos últimos que están aportando su esfuerzo en la construcción de un complejo e integral saber de una compleja realidad, como venimos afirmando.

Por este motivo, y pensando en su eficacia deíctica más que denotativa, nos hemos decidido a aceptar el título de *Sociología de la literatura* al frente del libro, ya que si hubiéramos defendido y conseguido el de, por ejemplo, «El paradigma sociológico de los estudios literarios», corríamos el riesgo de reducir en exceso el espectro de teorías tratado, si es que nos dejábamos guiar por la caracterización que Mignolo hace del citado paradigma, que en su caso hubiera soportado mejor el adjetivo de 'marxista' que el de 'sociológico', pues, según expone dicho teórico (1983), en el mismo las teorías intentan responder a las preguntas que suscitan las relaciones entre el texto y la estructura social, siendo el concepto nuclear el de *ideología*, paradigma nutrido por dos tipos de teorías: las que focalizan las relaciones entre la estructura del texto y la «estructura significativa» (cita a Goldmann y a Ferreras) y las que ponen énfasis en la práctica discursiva y en la producción del texto (nombramos a Macherey, Eagleton y Jameson).

Así pues, bajo la denominación de sociología de la literatura se agrupan numerosas teorías que, partiendo de diferentes perspectivas y sobre distintos objetos, toman como esfera de su dispar atención la relación literatura/sociedad. Narciso Pizarro, por ejemplo, se refirió a ello en un interesante libro cuyo título-bisagra es harto expresivo, *Metodología sociológica y teoría lingüística* (1979: 155-156):

«La sociología es una de las disciplinas que tienen un estatuto más ambiguo en el campo de las ciencias humanas. Mientras que para algunos el término sociología designa todavía el proyecto –aún por realizar– de construir una teoría científica de los fenómenos sociales en la que lo político, lo económico, lo cultural, lo lingüístico, etc., no son más que aspectos de una ciencia integradora, para los más, la sociología es una disciplina específica, un sector limitado de las ciencias sociales. Esta disciplina se define entonces al circunscribir un objeto y/o al definir un método».

En efecto, las discusiones acerca del estatuto científico de la sociología, sin adjetivos, así como sus problemas metodológicos y de determinación del objeto, afectan a esa sociología particular que es la sociología de la literatura al existir, en lo que insistiremos después, una relación de dependencia disciplinar. No obstante, como razona Miguel Beltrán (1991: 79 ss.), estos problemas no son exclusivos de ella, sino que afectan en mayor o menor medida a todas las ciencias sociales, aunque en el caso que nos ocupa los mismos se presenten con mayor acritud. Por lo que concierne a la variedad de sociologías, expone (*ibíd.*, 81), ésta es el resultado histórico «de tener que habérselas con el objeto más complejo y duro de roer que imaginarse pueda. A saber: el hombre en su dimensión social, hacedor y producto de la *polis*», lo que le lleva a defender la necesidad de un pluralismo cognitivo de base no ecléctica que primará, según la región del objeto realidad social a estudiar, el tratamiento cuantitativo, cualitativo, histórico, comparativo o crítico-racional (*ibíd.*, 94).

No puede hablarse, pues, de la existencia de *una* sociología de la literatura, tal como reconoce un sobresaliente cultivador de los estudios sociológicos de base empírica, Robert Escarpit (1970: 43) al afirmar que hoy por hoy no resulta adecuado hablar de la existencia de *una* sociología de la literatura, sino que debe señalarse la existencia de un terreno que comienza a ser desbrozado y de unos equipos de trabajo que comienzan a constituirse y a entrar en contacto entre sí. El hecho de hablar de equipos de trabajo es todo un síntoma, dicho sea de paso, de la sociología literaria que defiende, pues ésta ha de habérselas con la consulta y recogida de un ingente horizonte de datos, la realización de encuestas, su cuantificación, etc., lo que sobrepasa la investigación individual (*vid.* Wahnón, 1991: 126).

Pero no queda aquí esta cuestión, ya que hay quienes llegan a afirmar, como es el caso de Ferreras (1980: 16-17), que no existe una sociología *de* la literatura, sino una sociología *ante* la literatura, esto es, una sociología que comienza a enfrentarse a la literatura. Por su parte, Orecchioni (1974: 47) señala también esta situación al considerar difícil definir el adjetivo y, por tanto, la dignidad de ciencia autónoma para la que llama sociología histórica de los hechos literarios. En dirección no muy diferente se había pronunciado en los años sesenta Memmi, al señalar el momento *problemático y programático* de esta disciplina como tal:

«La sociología de la literatura adolece de un evidente excesivo retraso y está todavía prácticamente por fundar. Se duda sobre sus perspectivas metodológicas: no se está seguro ni de la manera de plantear los problemas ni de su jerarquía; no está fijado el campo exacto de la disciplina: de ahí que frecuentemente quede ahogada dentro de la sociología del arte o de la sociología del conocimiento; no se distinguen con suficiente vigor los problemas específicos de los problemas comunes a otros sectores» (ápuđ, Cros, 1986: 11).

Ahora bien, no sólo no puede hablarse de la existencia de *una* sociología de la literatura, sino que ha de señalarse la presencia de unos estudios que, aun ocupándose de la realidad señalada, no soportan el adjetivo de sociológicos, a no ser que dicho término sea expurgado de su tradición familiar. Nos referimos a los llamados estudios marxistas de la literatura. Así lo ha razonado Matamoro (1980: 47) cuando dice que la palabra *sociología* tampoco es demasiado familiar a la tradición del materialismo histórico:

«En efecto, desde la polémica Marx-Proudhon hasta Georg Lukács, pasando por las disidencias entre la dialéctica materialista y el positivismo, la sociología y la consideración del grupo social o el todo social como un sujeto abstracto [el materialismo propugna una concepción de lo social bajo formas históricas determinadas y concretas], han sido armas de la ideología burguesa para resistirse al análisis de clase inmanente al sistema social».

En cualquier caso, no puede negarse que tales posiciones teóricas marxistas, independientemente de cuáles hayan podi-

do ser los caminos ulteriormente recorridos e independientemente de ciertos desarrollos «desnaturalizadores y dogmáticos» (Fontana, 1982: 214 ss.), surgen como consecuencia de una compleja red causal que las ponen en estrecha relación con la incipiente sociología en el tortuoso proceso de toma de conciencia del ser histórico que es el hombre, de su propia realidad social (*vid.* Moya, 1970). De todas formas, como el lector supone, hay importantes diferencias teóricas entre el materialismo histórico y la sociología; diferencias relativas al concepto de historicidad, de lo real, de la relación entre teoría y praxis, etc., cuyo tratamiento adecuado no vamos a hacer ahora.

El panorama se complica aún más si se especifica la existencia de unas prácticas propiamente crítico literarias que, a pesar de considerarse sociológicas, no reniegan de su condición esencial de discurso crítico (*vid.* Chicharro [1990] para la cuestión de la relación entre la teoría y la crítica literarias) y, en buena lógica, no rechazan la valoración (*vid.* Dubois, 1974: 57 ss.), ampliándose así el marco de discusión epistemológica por cuanto se oponen objetividad científica y valoración subjetiva, etc., y salta sobre la mesa el capital problema del estudio sociológico y/o literario de la realidad social literaria externa o internamente considerada, etc. (*vid.* Cros, 1986: 13 ss.)

Llegados a este punto, el lector no se habrá sorprendido de la existencia de muy diferentes y encontradas posiciones respecto del estatuto científico de la sociología de la literatura, ni le dejará sorprendido, por tanto, la amplitud del arco que abarca las posiciones de quienes consideran que esta disciplina no resulta una actividad científica, tal como se afirma desde la base del materialismo histórico (por no ofrecerse como ciencia unitaria de lo real y por su concepción del todo social como un sujeto abstracto), así como las de quienes piensan que se trata de una ciencia auxiliar (Garasa, 1973; Salomon, 1974) o de una disciplina «intersectorial» (Reis, 1981) o, incluso, para cierta teoría de influencia marxista, de la ciencia total de la literatura al tener por objeto la producción histórica y la materialización social de las obras literarias en su génesis, estructura y funcionamiento y en su relación con las visiones del mundo que las comprenden y explican (Ferrerías, 1980: 18).

De cualquier forma, incluso en el caso de Ferrerías, que eleva la sociología de la literatura a la categoría de ciencia total de

la literatura (*ibid.*, 18), se afirma la existencia de una relación de dependencia metodológica de la disciplina en cuestión con respecto a la sociología, hasta el punto de padecer sus problemas e indecisiones (Gutiérrez Girardot, 1968), así como un considerable retraso, según Riezu (1978: 103), debido a la prioridad que la ciencia que estudia la realidad social ha dado a otros objetos de interés, llegándose a un interés tardío por el estudio sociológico de la literatura, interés que, dicho sea de paso, es justificado por alguno de los sociólogos dialécticos por ser la literatura un modo de *conocer* y construir mentalmente la realidad, lo que la hace objeto de la sociología del conocimiento (no se olvide que conocimiento, según Giner [1986: 153-154], es la versión del mundo transmitida socialmente).

1.1.4. Sociologías y teorías marxistas de la literatura

Después de todo lo dicho en el apartado anterior, estaremos en condiciones de comprender la diversidad de posiciones respecto del objeto de esta disciplina, no sólo por lo que afecta a las teorías sociológicas y marxistas de la literatura entre sí, sino también por lo que concierne a las primeras, dadas las diferencias existentes a que aludíamos anteriormente. Comprendemos, pues, que el proceso de elaboración de una sociología de la literatura y de una teoría marxista de la literatura es un proceso complejo y contradictorio, con imbricaciones mutuas (*vid.*, entre otros, y aparte de las páginas que siguen: Cases, 1970; Garasa, 1973; Leenhardt, 1971 y 1982; y Wahnón, 1991).

Aunque se utiliza, como vimos, la denominación de sociología de la literatura para amparar a teorías tanto sociológicas como marxistas, lo cierto es que no son pocos quienes distinguen con claridad que una y otra vía, al partir de bases diferentes, se ocupan de objetos de conocimiento diferentes también. Entre quienes así piensan se encuentra Edmond Cros (1986, 19-21), quien establece una nítida separación entre las sociologías experimental y empírica, así como el *content analysis* norteamericano, y una de las aportaciones más coherentes del horizonte marxista: la del estructuralismo genético goldmanniano. Las primeras se interesan, viene a decir, por el hecho sociológico que representa el hecho literario, por lo que carecen de sentido las polé-

micas surgidas entre empiristas y goldmannianos, pues se aplican a objetos de teoría diferentes. Por esta razón, el estructuralismo genético ha representado, con relación a la sociología tradicional de la literatura, una modificación radical en el estudio del hecho literario, habiendo sido sus principales descubrimientos teóricos el del *sujeto transindividual* y el del carácter *estructurado* de todo comportamiento intelectual de este sujeto.

Hay quienes, como Riezu (1978: 92-93), consideran que desde el marxismo se teoriza en favor de *otra* ciencia de los fenómenos artísticos y literarios, rechazándose así la ciencia de la literatura propiamente dicha, cosa que, según expone, no ocurre en el caso de la vía sociológica:

«Pueden quizá señalarse dos corrientes principales [en la sociología de la literatura]. La primera acepta una posible interpretación sociológica de la obra literaria, pero sin desechar las formas tradicionales y académicas de la crítica literaria y de la ciencia de la literatura (...), la otra línea constituye la llamada corriente marxista o de inspiración marxista dominada por un cierto entusiasmo sociologista que casi pretende afirmar la infructuosidad de todo cuanto hasta ahora ha constituido y logrado la ciencia de la literatura».

Hay otras explicaciones, menos claras teóricamente en algunos casos por cuanto, a pesar de distinguir entre una y otra vía de estudio, parecen caer en el error de distinguirlas por la faceta o aspecto de un mismo objeto, la relación literatura/sociedad, de que se ocupan respectivamente, como aclararemos ahora. Ni que decir que sólo vamos a citar algunas por vía de ejemplo, ya que son muchos los teóricos que se han pronunciado, con pocas variaciones, en este sentido.

Precisamente Castellet (1976: 157-158), uno de los pioneros de la crítica sociológica en nuestro país, excepción de la sociología de la literatura que se ha hecho sin saberlo (*vid.* Mainer, 1973), plantea que las relaciones entre literatura y sociedad pueden enfocarse desde dos perspectivas: la primera, tomando la sociedad como punto de partida, y la segunda, tomándola como punto de llegada. La perspectiva primera corresponde a la crítica sociológica, esto es, a una crítica que cree que no puede prescindirse de los elementos sociales que están en los inicios de toda

obra literaria, tanto los referentes al autor como los que se refieren al momento histórico. Frente a esta perspectiva se sitúa la sociología de la literatura, que estudia los efectos de la obra sobre la sociedad. El crítico catalán considera la crítica sociológica como una crítica fundamentalmente marxista.

Esta clasificación de los estudios sociológicos del fenómeno literario se viene repitiendo con insistencia. Por ejemplo, Garaña (1973), que en su libro se ocupa fundamentalmente de lo que se viene llamando crítica sociológica, señala dos direcciones divergentes de este tipo de estudios: de la sociedad a la literatura y de la literatura a la sociedad. Por esta razón, distingue entre las investigaciones específicamente sociológicas que acuden a las obras como una instancia más en sus inducciones, entre la interpretación de una obra en su connotación social y entre la aplicación de métodos propios de la sociología a distintos aspectos del hecho literario. Básicamente distingue entre sociología de la literatura y crítica sociológica, siendo ésta última la encargada de puntualizar el condicionamiento social de los temas, asuntos, formas o estilos de las obras. También, al igual que Castellet, identifica la crítica sociológica con la crítica de base marxista, especialmente con la de Lukács.

Leenhardt establece asimismo esta separación radical, insistiendo en ella en sus últimos trabajos escritos al respecto (1982: 139). Distingue una sociología del objeto artístico que el sociólogo sigue en su existencia social —composición social del ambiente creador, reglas y leyes internas— y otra corriente que toma la propia obra de arte como objeto, considerándola en su inserción sociológica desde el punto de su creación, lo que requiere otra noción del ambiente o medio.

Por su parte, el mismo Robert Escarpit establece estas diferencias básicas, el estudio de la literatura en la sociedad y de la sociedad en la literatura, aunque, siguiendo a Wellek, superpone un esquema de comunicación social al hecho literario planteando la existencia de una sociología del escritor, una sociología de la obra y una sociología del público, resultando ser la segunda la más desarrollada, donde ubica las investigaciones de Lukács, Goldmann, etc. Para Escarpit (1958 y 1970), pues, todo hecho literario supone escritores-creadores, libros-obras y lectores-público, lo que constituye un complejo circuito de intercambios, en el que confluyen el arte, la técnica, el comercio, etc.

En este breve recorrido selectivo, conviene reparar en las consideraciones de Zalamanski (1974). Este sociólogo señala la existencia de una sociología empírica y de una sociología genética. La primera, expone, estudia el hecho literario apoyándose en la sociología; la segunda, relaciona la estructura de una obra con la de un grupo social que es la determinante en un momento histórico dado, si bien él se propone, como resulta sabido (*vid.* Cros, 1986: 15 ss.), una sociología de los contenidos en el seno de la primera vía. Se trata de un estudio sociológico que ha de venir a completar el estudio de quién lee, esto es, se trata de determinar el contenido ideológico, tal como es entendido comúnmente, de un conjunto de obras en una época dada.

Para ir concluyendo, queremos dejar claro que estas explicaciones, a las que les reconocemos su valor déctico, resultan excesivamente simples teóricamente, pues efectúan una clasificación de las vías sociológicas del fenómeno literario presuponiendo, y aceptando por tanto, la evidencia de dicho fenómeno, frente al que se sitúan especificando una y otra faceta. Ahora bien, el hecho de situarse a mayor o menor profundidad genética o quedarse en aspectos puramente externos de esa realidad común, supone dar por buena una relación de identidad entre el objeto de conocimiento, no externo a la propia teoría, y el objeto o dominio real.

Tras estas consideraciones que dejan lanzados al aire, que no resueltos, algunos problemas, conscientes además del turbulento tiempo histórico que nos ha tocado vivir, afirmamos la necesidad del conocimiento de ese amplísimo y controvertido dominio teórico que se ampara bajo el nombre de «sociología de la literatura» con objeto de colaborar en la dura tarea de crear un saber complejo de una realidad, como tantas veces hemos dicho, sumamente compleja. De ahí que invitemos al lector a que se sitúe frente a estas teorías en tanto que instrumentos de pensamiento de virtual eficacia histórica y no en cuanto preciosos y raros fósiles del pensamiento social.